la aldea de Genert ó en cualquiera otra, hubiera comprado provisiones, y aprovechado la marea baja al principio de la noche para pasar á Tombelene. Pero nada tenia; todo lo habia dado por la mucha prisa que tenia de huir.

El único medio que tenia ya para procurarse víveres era el de vagar en la próxima noche en torno de las casas de San Juan, y tomar en el umbral de las puertas cerradas las ofrendas depositadas para el Hada de las playas. Durante el dia érala preciso vagar por la campiña de Normandía.

Aun no habian dado las doce del dia cuando llegó á la aldea de Arderon, situada á media legua de la orilla normanda del Couesnon. Se metió en los barbechos, y como estaba abrumada de cansancio, se apoderó de ella el sueño en medio de un campo sembrado de trigo.

No hizo como Juanillo que durmió aquel dia doce horas en un monton de paja. Despertó mucho antes de ponerse el sol, y dió la vuelta grande para llegar á la aldea de San Juan á la caida de la noche. El castillo estaba desierto cuando llegó al pié de la colina.

Meloir habia recorrido las aldeas y alrededores para publicar á son de trompa el edicto ducal.

La jauría descansaba aguardando á que llegase la cacería de la noche

Reina bajó hasta la aldea, y á medida que avanzaba la parecia oir ruido de clamores y risas. Al dar vuelta al recodo de un seto, vió que los manzanos de la huerta de Simon le Priol se iluminaban con un resplandor rojizo.

Se acercó; el seto la protegia contra las miradas.

Muy luego distinguió á la luz de las hachas de viento á una multitud de campesinos, mujeres y soldados que se hallaban reunidos allí. Un arquero ataba una cuerda al manzano que estaba delante de la casa de Simon le Priol.

Reina se acercó mas todavía y oyó á los soldados que decian:

—Robar la escarcela á un caballero es el medio mejor de que le ahorquen á uno.

Reina escuchaba temblorosa. Habia adivinado.

El niño que la persiguió en la playa iba á morir por culpa suya.

III.

Juanillo y Simoneta.

La Bretaña ha echado de menos, durante mucho tiempo, el poder nacional de sus duques. Ahora, que es francesa y muy francesa, gusta todavía de recordar aquel tiempo en que, colocada entre dos reinos rivales, mantenia su independencia con sendos mandobles y estocadas.

La Bretaña sabido es que no fué conquistada. A aquella nacion noble y altiva la deslizaron entre las galas de una boda.

Y si ha conservado gratos recuerdos de su duquesa Ana, consiste en que la Bretaña no guarda rencor. La Bretaña de los duques tenia la libertad feudal; la Bretaña de los reyes fué oprimida por el trono, y defendió al trono atacado por todas partes. No tenemos que hacer aquí el panegírico del siglo VX en la Bretaña ni en ninguna otra parte. Pero no habia de juzgarse una civilizacion por algunos excesos aislados, por algunos crímenes que lo eran entonces como ahora.

La aldea de San Juan estaba reunida delante de la puerta de

Simon le Priol. La casa se hallaba cerrada. Servia de cárcel á Juanillo.

Juanillo tenia las manos atadas á la espalda, y estaba sentado en el suelo cerca de las vacas.

Kerabel habia dicho que era preciso aguardar á que llegase maese Meloir, al menos hasta la hora habitual de la queda.

Gueffes no opinaba de este modo, pero no tenia voto en aquel consejo.

Juanillo estaba materialmente anonadado. No se movia ni mas ni menos que si estuviera ya muerto.

El golpe que le alcanzaba en medio de su felicidad, le habia abrumado.

Fuera se agitaban, hablaban, y los soldados reian.

Sobrecogidos de espanto los de la aldea, ni siquiera se les habia ocurrido la idea de protestar.

Simon y su mujer se mantenian inmóviles en el umbral de la puerta de su casa. Todos comprendian que la desgracia de Mr. Hue de Maurever, su señor, les privaba de todo medio de resistencia.

Detrás del compartimiento de la granja en que estaban las reses, habia una puertecita que comunicaba con el patio.

La puerta se abrió suavemente y entró Simoneta en la sala comun.

Llevaba los ojos arrasados en llanto, y violentos sollozos sofocaban su pecho.

—¡Oh, pobre Juanillo! exclamó, cayendo sobre la paja al lado suyo. ¿Por qué fuistes en pos de la Hada?

Ya hemos dicho que los dos niños nunca se habian hablado de amor. Pero hablar de amor es el fin.

Juanillo se ocupaba precisamente á la sazon en pensar en Simoneta. Se estremeció, y salió de su entorpecimiento.

Sus grandes ojos azules se fijaron en la jóven.

—¿Lloras? dijo, ¿segun eso me amabas, Simoneta?

—¡Que si te amaba, pobre Juanillo mio!.....

—Algunas veces abrigaba esa esperanza, interrumpió el niño, que sonreia lleno de ventura; pero no era muy á menudo, porque tenia miedo de sufrir en demasía si veia que me habia engañado. ¡Ah, Simoneta! muchas veces lo he pensado allá abajo, al pié del manzano del cual me van á ahorcar. Daria mi vida por saber que me amas.

—¡Al pié del manzano del cual te van á ahorcar! repitió la jóven ahogada por los sollozos.

—Pues bien, prosiguió Juanillo, que continuaba sonriéndose, el Dios de bondad ha escuchado mi ruego... sé que me amas y muero...

Simoneta le cogió ambas manos y comenzó á mirarlo llena de desesperacion.

—¡Morir, morir! dijo balbuceando bañada en lágrimas. ¡Ah, no quiero que mueras, no! ¡te lo ruego, pobre Juanillo mio!

Estaba como loca.

Asomó una lágrima á los párpados del niño.

—¡Diantre! dijo cándidamente, puesto que me amabas así, Simoneta, hubiéramos sido muy felices!

—¡Dios mio, Dios mio!... murmuraba la jóven retorciéndose los brazos.

—Escucha, repuso Juanillo, es preciso que te hagas una cuenta, hija mia. En mi oficio, ya sabes, muchas veces se va á la playa por la mañana, y no se vuelve por la noche. Ya ves, hubiéramos tenido hijos, y si me hubieras aguardado en valde, pobre Simoneta mia, al lado de las camitas de los pequeñuelos, ¡entonces sí que habrias llorado!

Juanillo estaba sublime con su serenidad sencilla y tierna, Juanillo, á quien se acusaba de ser *mas cobarde que las gallinas*. Entre los soldados que se estaban burlando fuera, ni uno solo

habria visto acercarse su última hora con un corazon tan tranquilo. En lo que mas se ocupaba era en consolar á Simoneta.

Pero Simoneta no podia ser consolada.

Por las rendijas de la puerta se veia á los soldados, que decian:

—¡Vive Dios! el señor Meloir tarda mucho en venir. ¿Habremos de aguardar para cenar á que se haya ahorcado á ese chicuelo?

—Muchachos, contestaba maese Gueffes, que aquella noche estaba alegre y era amable, paréceme que al señor Meloir no le disgustaria encontrar la tarea hecha.

Simoneta habia parado de llorar para escuchar.

—¡Van á venir! murmuró.

—Cuando vengan te besaré en la mejilla, Simoneta, por la primera y la última vez, y despues entregaré mi alma al Señor.

En el momento en que acababa de pronunciar estas palabras, pasó una nube por su frente y bajó la cabeza para enjugarse furtivamente una lágrima.

—Sé que eres buena, Simoneta, repuso tímidamente; allá abajo, en las Cuatro Salinas, hay una pobre anciana.....

—Tu madre, Juanillo!

—Mi madre, es cierto. Debiera haber pensado antes en ella; mi madre, que está casi ciega, y no tiene mas apoyo que yo.

—¡Seré su hija! exclamó Simoneta.

—¿Lo prometes? preguntó Juanillo, que comenzaba á sentir alguna inquietud.

—¡Lo juro!

La inquietud de Juanillo desapareció en seguida.

—Puesto que es así, dijo, irás mañana á su casa. No digas en seguida á la anciana: «Señora Renata, Juanillo ha muerto;» ya ves, eso seria un golpe muy cruel, y no está ella muy fuerte. En vez de eso, la cogerás ambas manos, como cojo las tuyas,

Simoneta mia, y comenzarás á decir: «Señora Renata, es un oficio muy peligroso correr por los arenales.» Entonces parará su torno para mirarte, la besarás, Simoneta, y seguirás así: «Señora Renata, ¡ay Dios mio!.....»

Se detuvo y lanzó un profundo suspiro.

A Simoneta se la partia el corazon.

—Sí, prosiguió el niño, que luchaba con heróico valor contra el desconsuelo terrible de aquella escena; sí.....no sé yo, Simoneta mia, cómo arreglarás todo eso.....de seguro eres mas hábil que yo..... Es preciso ir con mucho miramiento, porque quiere en extremo á su hijo, créeme, y..... ¡oh Dios mio! quisiera que vinieran ya á buscarme para darme muerte. ¡Cuánto hace sufrir esperar!.....

En la parte de afuera, hablaban los soldados para entretener el tiempo.

—El Hada de las playas, decia Kervoz, las lavanderas de la noche, los gatos rabones, las mujeres blancas y todo lo demás, son mentiras, mentiras que solo creen los necios.

—¡Mentiras, mentiras! murmuró Merry; sin embargo, yo diré que he visto.....

—¿Qué has visto?

—En la escalera que está á la derecha de la casa de mi padre, en Trequier, he visto á los gatos rabones celebrar consejo..... sí..... eran tres; uno blanco, otro negro y otro pío. Este tenia ojos encarnados, y el negro azules, y el blanco verdes.

—¿Y qué hacian en la escalera?

—Hablaban en latin.

Una carcajada general acogió la respuesta.

—En cuanto á las mujeres blancas, dijo el arquero Conan, en el obispado de Vannes, de donde soy natural, las conozco por docenas..... Hay la del pantano de Glenat, cerca de la Carentoiz, que coge á los hombres por los hombros y les dá vuel-

tas como si fueran una peonza, hasta que los echa al fondo del agua.

—Pues yo no he visto gatos rabones ni mujeres blancas, repuso otro soldado; pero mi tio Renet murió del miedo que le causó una lavandera de noche, á la luz de la luna.

Ya no se reian con tantas ganas, porque no se ha de hablar de cosas sobrenaturales durante mucho tiempo, si se quiere que los vasallos bretones permanezcan alegres.

Son así: al cabo de diez minutos tienen frio; al cuarto de hora castañetean sus dientes.

Por eso son apasionados á oir hablar de cosas sobrenaturales.

—¿Y de duendes? prosiguió Merry, ¿quién no los ha visto bailar alrededor de las cruces en los arenales? Una vez, Merry de Poulven, mi padrino, estaba en su huerta, ocupado en varear los manzanos. Era domingo y obraba mal.

A la hora en que concluyen las vísperas entró un caballero en la huerta. ¿Por dónde? no lo sé, y dijo á mi padrino:

—Mas vale varear manzanas para hacer sidra, que estar dando berridos en el facistol.

—¡Ah! sí por cierto, contestó mi padrino, quien no pensaba obrar mal.

El caballero, que era un duende, tomó una vara y comenzó á sacudir los manzanos con mi padrino..... Este pensaba:

—Hé aquí un señor excelente, por vida mia.

Las manzanas caian á celemines.

Cuando lo hubo sacudido todo, el caballero tendió su percha á mi padrino, quien no tenia malicia alguna. Mi padrino la tomó. Tan cierto como Poulven está en Ploubalay, allende el rio de Rance, mi padrino sintió que le elevaban por cima de sus manzanos. El caballero sujetaba el otro extremo de la percha y nadaba en el aire como un pez en el agua. ¿Y qué sucedió?

Que á mi padrino se le ocurrió la idea de rezar un *Ave-Maria*, y el caballero soltó la percha gritando: «¡Me quemas!»

Así sucedió que mi padrino despertó con una costilla hundida sobre las piedras de Saint-Suliac, al otro lado del Rance.

Hubo un murmullo sordo entre los soldados y los aldeanos que se habian acercado para oir la historia.

—Pero ¿y el Hada de las playas? repuso Kervoz, quien no era ya tan fanfarron mas que á medias.

Un mozo de labranza se encargó de contestar.

—Hacia algunos años que no se la habia visto, dijo, pero de pocos dias á esta parte ha vuelto á aparecer por aquí, porque las escudillas de comida se van todas las noches.

Habiendo hablado así un mozo, las lenguas de las muchachas ardian en deseos de ponerse en movimiento.

—¡Eso es verdad! exclamaron cuatro á la vez, y todos sabemos que cuando se la encuentra, hallándose uno en pecado mortal, no se vé salir el sol al dia siguiente.

Entre los soldados no habia uno solo que no estuviese en estado de pecado mortal, y mas de una mirada furtiva escudriñó la oscuridad de la noche con terror.

Hubo un momento de silencio.

Durante este silencio, aumentóse el mal estar general.

Maese Meloir tardaba demasiado.

Las hachas de viento comenzaban á palidecer por falta de resina. Habiendo sacudido el arquero Conan la suya, al resplandor de la llama se vió á una sombra negra deslizarse detrás del manzano, de donde ya colgaba la soga.

Cada cual contuvo su aliento. Cuando disminuyó el brillo de la llama, pareció que la sombra volvia á sepultarse en la tierra. Soldados y labriegos, todos se estremecieron hasta la médula de los huesos.

—¡Vamos! muchachos, dijo desde léjos Morgan, el hombre